

LAS GUERRAS ELEC

EL golfo de Tonkin es un viejo mar de piratas y aventuras; sus aguas han tomado más de una vez el color de la sangre. Sin embargo, es posible que este antiguo escenario de violencia no haya vivido nunca una aventura tan rara como la que opuso a un grupo de lanchas de guerra del Vietnam del Norte y un barco de la orgullosa Séptima Flota americana, el «Maddox». Es una aventura en la que se cruzan todos los hilos que mueven el espectáculo histórico de nuestra época. Las diferencias entre el comunismo ruso y el chino, los coletazos del imperialismo de Estados Unidos, Goldwater, el equilibrio del mundo, la «tercera posición» de Francia, las nuevas tácticas de guerra: todo tiene relación con este asunto, del cual, sin embargo, se desconoce su verdadero origen. Hay, en primer lugar, una explicación oficial norteamericana que todo el mundo occidental ha aceptado como buena: el «Maddox» navegaba con pacífica majestuosidad por aguas internacionales cuando fue inesperadamente atacado por las lanchas torpederas norvietnamitas, a las cuales replicó. Horas después, los Estados Unidos lanzaron un raid de castigo, en el que destruyeron la mitad de la pequeña flota del Vietnam del Norte y dieron por concluidas, soberanamente, las operaciones. La versión de Hanoi es diferente y ha valido en todo el mundo comunista: el «Maddox» entró en aguas territoriales del Vietnam del Norte, fue advertido por las lanchas torpederas y disparó contra ellas; no conformes con ello, los americanos lanzaron una operación aérea contra el territorio, destruyendo barcos y causando víctimas entre la población civil. Hay una tercera versión de origen misterioso que circula por el mundo —como tantos otros rumores—, según la cual las tales lanchas no eran vietnamitas sino chinas, con base en la isla de Hainan. Lo interesante de este asunto es que cualquiera de las tres versiones puede ser cierta, que todas son verosímiles y que lo de menos en este incidente es su origen anecdótico. La busca del culpable no puede hacerse a base de saber quién disparó primero. En ninguna guerra, grande o pequeña, el responsable es el soldado que por primera vez oprimió el gatillo de su arma. La responsabilidad proviene de una situación de guerra, de un clima de guerra. Hace unos meses que la «guerra fría» se desplazó a Asia, para compensar el desequilibrio de la sociedad americana, que se había encontrado de pronto con toda su crispación en el vacío como consecuencia de la «coexistencia pacífica» con la URSS. Una parte poderosa, una zona importante de la vida de los Estados Unidos vivía y vive con una sensación de despecho y amargura, con una sensación de derrota moral: tiene la noción instintiva de que su país debe estar justificado por su enorme fuerza y que, gracias a ella, puede ocupar un lugar privilegiado en el mundo. El abandono de la política de fuerza —supo-

nen— entraña la aceptación de una derrota moral. No es necesario decir que quienes piensan así no representan la parte más inteligente de aquella nación. Son los que se han agrupado en torno a Goldwater. El goldwaterismo rebasa hoy el partido republicano, se sitúa fuera de los partidos políticos conocidos: es un movimiento profundo. Mientras existía una «guerra fría», estos seres primarios tenían una noción de las fronteras, sabían que el mundo estaba dividido en buenos y malos, clara y francamente; encontraban que las fronteras entre esos dos mundos estaban defendidas por sus armas, y que sus armas eran poderosas. Percibían un mundo sin matices. En el momento en que un principio de coexistencia comenzó a dibujarse, cuando les empezaron a decir que los malos no eran tan malos, ni ellos tan buenos, perdieron su noción del mundo, pero encontraron a Goldwater, que les volvía a dar seguridades y a borrar los matices, los términos medios.

La situación en la península indochina está podrida desde hace años. Una rápida acción de propáganda iba a convertir aquella situación podrida en una guerra fría, de forma que, sin necesidad de romper la útil coexistencia con la Unión Soviética, podía descargarse ahora la tensión bélica americana en aquella zona. La Casa Blanca utilizaría aquella guerra fácilmente como muestra de que los Estados Unidos no desarmar cuando hay un enemigo real, cuando hay unos «malos» auténticos. La situación convenía perfectamente a China, empeñada en una batalla ideológica con los comunistas soviéticos, cuyo tema elemental es éste: el capitalismo sigue siendo esencialmente malo, esencialmente agresivo. Como prueba está su intervención descarada en Asia, el empleo masivo de su fuerza para evitar que los pueblos elijan su forma de gobierno. Un refuerzo de poder de los Estados Unidos en Indochina era, al mismo tiempo, un refuerzo para las tesis chinas. Creo haber dicho ya, en alguno de estos artículos, que la oposición china al comunismo de Moscú y la oposición de Goldwater y otros belicistas del mundo occidental están estrechamente emparentadas y representan, respectivamente, lo mismo en cada uno de los dos bloques. Es decir, una especie de angustia vital de que la paz obligue a unas concesiones que acabe con la pureza de sus esencias respectivas. Actuando en este sentido, los chinos deben desear firmemente que Goldwater gane las elecciones presidenciales en los Estados Unidos y se lance a una serie de aventuras descabelladas por el mundo. Sería una coronación de sus tesis y, quizá —piensan ellos—, serviría para que Moscú abriera los ojos ante el peligro permanente del capitalismo, para que Krutchev y sus pacifistas desaparecieran del Kremlin y en su lugar volviese un nuevo stalinismo, una política firme y ruda. Cualquier intento que haga China para extender la guerra en Asia favorecerá las posibilidades electorales de Goldwater, disminuirá las de Johnson. Al mismo tiempo, cualquier intento de los «ultras» ame-

Vietnam... Congo... Dos tipos de guerra electoral, cuyos vaivenes, según se desarrollen en uno u otro sentido, importan mucho al actual momento político de los Estados Unidos. El bombardeo de las bases navales del Vietnam del Norte y la crítica situación congoleña tendrán gran influencia en las elecciones de noviembre.



TORALES

Por EDUARDO HARO TEGLEN

ricanos en Indochina irá en el mismo sentido. No es necesario repetir que la península de Indochina está trufada de «ultras» americanos de los servicios especiales, de la C. I. A. —creadora ya de tantas crisis—, de militares desechados por su participación en una guerra que no se puede ganar ni perder —militares psicológicamente emparentados con los coroneles y generales franceses de Argelia, que en una situación exactamente igual eligieron la rebeldía y las organizaciones clandestinas—, cuando saben —o creen saber— que la utilización masiva de sus recursos les daría una victoria rápida... Por eso es tan difícil saber quién ha provocado a quién en el golfo de Tonkín, de quién ha partido la primera bala. Una vez que el ambiente de guerra fría está creado, todo puede ocurrir y todos son responsables simultáneos.

Lo que es interesante es que, una vez más, el efecto del incidente parece haber sido el contrario al que se buscaba. La crisis de Cuba —hace casi dos años—, provocada indudablemente por una serie de maniobras de los «ultras» norteamericanos, dio como resultado un reforzamiento de la autoridad de Kennedy, lo cual le permitió avanzar más aún por el camino de la coexistencia —que le había de llevar a la muerte—. En este caso, la réplica seca y dura de Johnson ha tenido un resultado parecido. Yo reconozco que a mí esta réplica me causa una especial repugnancia: la utilización de una fuerza masiva para vengar un incidente oscuro y escasamente importante es algo que me repele. Me parece que es regresar a los tiempos en que Francia ocupaba Túnez militarmente para vengar un abanicazo del bey a su cónsul. Pero la política es cruel, y esta dura venganza americana tiene una finalidad política. Johnson ha demostrado que la firmeza no es un monopolio de Goldwater, que sabía limitarse con serenidad en los umbrales de una guerra total. Incluso ha tenido la habilidad de consultar su decisión a Goldwater, para que su enemigo no pudiera hacer un arma de ese incidente. Personalmente ha salido vencedor de la prueba. El bombardeo de las bases navales del Vietnam del Norte tendrá influencia en las elecciones americanas de noviembre.

Pero hasta esa fecha quedan tres meses. Es ingenuo pensar que en esos tres meses no va a ocurrir nada más. Washington anunció con un orgullo impertinente que las operaciones en el golfo de Tonkín habían finalizado. Pero la verdad es que no han terminado, ni pueden terminar así. En cualquier momento puede ocurrir algo, y la iniciativa puede partir de los vietnamitas, de los chinos o de los «ultras». La situación está cargada de peligros.

* * *

● **T**RA región electoral de Johnson y Goldwater, el Congo, está en estos momentos en una situación crítica, técnicamente idéntica a la de Indochina. El poder central, apoyado por los Estados Unidos, representa una banda desmoralizada y anárquica, sin ganas de combatir ni objetivo real; los rebeldes están instruidos por Pekín, como ocurre en Asia. Son: Gaston Sumialot, que se proclama a sí mismo «más fuerte que Lumumba», pero que niega ser comunista —«soy cristiano y aspiro a implantar el socialismo africano en el Congo»—, Mulele y sus guerrilleros. Su lucha dura desde hace años con escasos resultados: ha bastado la aparición de Chombé, la reaparición de Chombé, para que sus filas crezcan frente al odiado enemigo, la moral se acreciente y las victorias militares se multipliquen. Ya tienen los llamados rebeldes más de la mitad del país en sus manos: sus avances prosiguen.

En este caso, los Estados Unidos han caído en un antiguo error, en un error propio de la política de Foster Dulles, que ya se demostró fatídico. Consiste este error en poner al frente de los países en dificultades a un hombre fuerte y duro, pero odiado de sus conciudadanos. Nur-es-Said fue arrastrado por las calles de Bagdad cuando trataba de huir vestido de vieja, Menderes fue ahorcado en Turquía, Diem ajusticiado en Saigón, y



Johnson ha tenido la habilidad de consultar su decisión sobre el problema de Vietnam con Goldwater para que su enemigo no pudiera hacer arma de ese grave incidente. Personalmente, Johnson ha salido vencedor de la prueba.

ése ha sido el final de muchos tiranos sudamericanos. La cadena de desastres de este tipo había hecho a Kennedy reflexionar sobre el asunto, y los Estados Unidos cambiaron su política de colocar falsos «hombres fuertes». Inexplicablemente han tratado de regresar al sistema, colocando a Chombé al frente del Congo. Se trata del hombre más odiado del país, del más odiado del continente africano. Y, por otra parte, tampoco ha resultado ser un hombre fuerte: su experiencia ha fracasado. Ni su fuerza, ni sus pequeñas astucias. Y lo que quedaba del Congo se funde entre sus manos. No le queda más que una esperanza: la ayuda exterior. Ya la ha solicitado a Bélgica. Y en el momento en que escribo estas líneas se dice que es posible una intervención de los Estados Unidos. Johnson se encuentra aquí, como en el Vietnam, ante una situación con dos salidas adversas. Una de ellas es abandonar la partida, dejar el Congo a su suerte, y entonces será acusado de abandonista por la oposición. La otra enviar ayuda militar masiva —ya hay soldados y armas de Estados Unidos, pero en cantidades simbólicas y disfrazados de «consejeros técnicos», como en Vietnam— para sostener a Chombé y enzarzarse en un nuevo frente de guerra fría contra la opinión de todo el continente africano y sin esperanzas prácticas de ganar.

* * *

● **E**L tercer drama sangriento del mundo, el de Chipre, toma también nuevo vigor en estos días. Los veranos favorecen siempre las guerras, las insurrecciones. Es una vieja y misteriosa norma que no falla. Cuando escribo, Grecia y Turquía se amenazan mutuamente con llevar la guerra al territorio continental. Sería la primera guerra entre dos potencias de la NATO, ya tan minada por la discordia francesa y por la repugnancia general europea a la hegemonía militar americana. Sería, quizá, el principio del fin de la NATO. Entre los varios puntos de gravedad que presenta la situación chipriota está la petición directa de ayuda que ha hecho el Presidente Makarios a la URSS, a la RAU, a Siria. Era lo que Estados Unidos más temían: que un problema propio del mundo occidental, creado por él, pudiera servir para una intervención ajena.

Pocas vísperas electorales americanas ha habido tan singulares como éstas.